

Para Helena, Sara y Francisca
(pero cada una en su propia cama)...
y para las señoritas Morales
(pero en recreo).



Hacía muchas pero muchas noches que Andrés no quería irse a la cama. Tenía miedo de las pesadillas.

Mamá lo llamaba desde la ventana:

–Andrés, a la casa.

Andrés daba vueltas en la rueda-rueda.

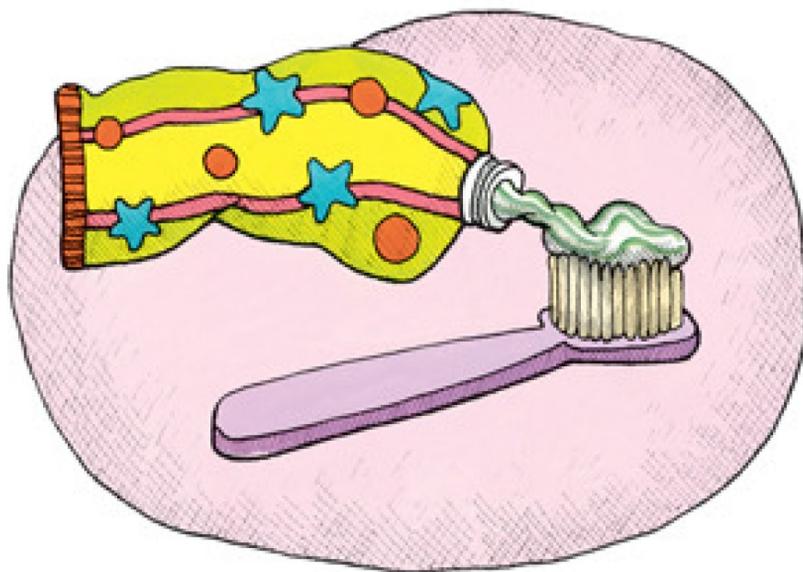
–Andrés, a comer.

Andrés revolvió la sopa con la cuchara.

–Andrés, lávate los dientes.

Andrés recorría con el cepillo todos los dientes, hasta que quedaban relucientes.

–Andrés, la pijama.







Andrés se enredaba entre el pantalón.

—Andrés, a la cama.

Andrés hacía un nudo con las cobijas, hasta que mamá lo desenredaba.

—Pero antes de dormir, cuéntame un cuento.

Y mamá le contaba un cuento.

—Y colorín colorado, este cuento se ha acabado
—decía la voz de mamá, cuando Rizos de Oro salía corriendo por el bosque.

Pero Andrés necesitaba más cuentos.

Mamá seguía con Caperucita Roja. Y lo contaba larguísimo para que a Andrés le diera sueño:

–La mamá de Caperucita mandó una canasta llena de cosas para la abuelita. ¿Quieres saber qué cosas llevaba Caperucita?

–¿Qué llevaba? –decía Andrés.

–Una botella de leche, unas tortitas de miel y galletas de vainilla.

